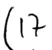


¡ALZA, PILILI!



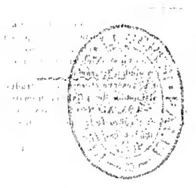
¡ALZA, PILILI!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

TOMÁS PEREZ.

Estrenado en el Teatro de Capellanes el 22 de Diciembre de 1872.





MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873

73642

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CECILIA	D.ª JACINTA CRUZ.
CÁRMEN	D.ª SOFÍA GALI.
MATILDE [1]	SRTA. ROS.
DON RUPERTO	D. JOSÉ BANOVIO.
DON JOSÉ	D. FEDERICO BALADA.
EDUARDO	D. EDUARDO PEREZ-CACHET.

1 Á ser posible hará este papel una bailarina.

ACTO ÚNICO.

Sala amueblada con decencia. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO, sale con un papel en la mano seguido de CÁRMEN.

CARMEN. Á ver, á ver.
EDUARDO. Desde cuándo
te has vuelto, Cármen, tan mística?
CARMEN. Qué dices?
EDUARDO. Bien interpretas
los pasajes de la Biblia.
CARMEN. Explícate.
EDUARDO. Quién ha puesto
en mi mesa esta cuartilla?
CARMEN. No lo sé.
EDUARDO. No disimules.
Me ha hecho una gracia!
CARMEN. Maldita
la que á mí me hace tu broma.
EDUARDO. Es de veras, Carmencilla,
que tú no has sido?
CARMEN. No he sido.
EDUARDO. Entónces, no acierto, chica,
qué es esto.

CARMEN. Pero qué es eso?
EDUARDO. Escucha.
CARMEN. No pierdo sílaba.
EDUARDO. (Lee.) «En mi lecho por las noches busqué »al que ama mi alma. Le busqué y no le «hallé.»
«Si mi amado llamase á mi puerta, y metiese »la mano por el resquicio, se estremecerian »mis entrañas.»
CARMEN. Qué desvergüenza! Y son esos
los pasajes de la Biblia?
EDUARDO. Del cantar de Salomon
están copiados. Daria
algo bueno por saber...
CARMEN. Quieres que yo te lo diga?
EDUARDO. Lo sabes tú?
CARMEN. Lo presumo.
EDUARDO. Y quién es?
CARMEN. Doña Cecilia.
EDUARDO. El ama!
CARMEN. Sí. Hace algun tiempo,
noto, cuando en ti se fija,
que se pone tan turbada,
tan triste...
EDUARDO. Es caso de risa.
CARMEN. Ahora, si tú prometes
no enfadarte, una noticia
te voy á dar.
EDUARDO. Lo prometo;
pero dime pronto...
CARMEN. Mira
este papel. (Eduardo lee.)
Una noche,
hará cuatro ó cinco dias,
lo hallé bajo mi almohada.
EDUARDO. Y quién?...
CARMEN. Pues no lo adivinas?
EDUARDO. Don Ruperto acaso?
CARMEN. El mismo.
EDUARDO. Vaya una pareja digna
de lo que yo sé. Y te ha dicho?...
CARMEN. Que me ama como hija,

que no me haga ningun caso
de los jóvenes del dia;
que si Dios fuera servido
el llevarse á su Cecilia,
pasar quisiera á mi lado
esta miserable vida,
y que en cerrando él los ojos
yo su heredera sería.

EDUARDO. Nada más?

CÁRMEN. Que soy muy guapa,
y muy graciosa.

EDUARDO. Estantigua!
Que yo sea pronto, cual pienso,
licenciado en medicina,
y ya verá ese carcunda
con quién pasas tú la vida.

CÁRMEN. Eduardo! (Con cariño.)

EDUARDO. Cuando veo
que te agasajan y miman
delante de la gentuza
que viene aquí de visita,
me dan unas tentaciones
de descubrir su falsía!

CÁRMEN. Mi madre al morir, temiendo
que quedase desvalida,
me dejó recomendada
á esta hipócrita familia,
y creyendo en sus promesas
murió la infeliz tranquila.

EDUARDO. Engañan á todo el mundo.
Á mi padre les inspiran
una ciega confianza;
los elogia sin medida.

CÁRMEN. Ella viene. Entra en tu cuarto.

EDUARDO. Hasta luégo, prenda mia.
(Cármen hace como que limpia la mesa.)

ESCENA II.

CÁRMEN, DOÑA CECILIA.

CECILIA. Estás aquí?

CARMEN. Sí señora.
CECILIA. Y qué haces?
CARMEN. Limpiar la mesa.
CECILIA. Es usted muy limpia, mucho.
Acabo de ver la prueba
en la cocina.
CARMEN. Ahora poco
la he limpiado.
CECILIA. Ménos réplicas.
Á tu obligacion, y arréglate
para ir luégo á la novena.

ESCENA III.

DOÑA CECILIA.

Habrá venido Eduardo
de clase?
(Se asoma al gabinete.)
Allí está. Qué bellas
facciones tiene! Qué ojos
tan expresivos! Ay! Diera
dos ó tres años de vida
porque él me amase. Soy vieja,
es decir, ya no soy jóven,
pero aún tengo la tez fresca.
El corazon nunca es viejo.
Nunca es viejo. Verdad, prenda,
que eres jóven? Aquí viene.
Calma, no me comprometas.
Habrá visto el papelito?
Comprenderá la indirecta?

ESCENA IV.

DOÑA CECILIA, EDUARDO.

CECILIA. Felices tardes.
EDUARDO. Felices.
CECILIA. (Estáte quieto!) (Al corazon.)
EDUARDO. (Qué fea!)
CECILIA. Hermosa tarde.

EDUARDO. Divina.
CECILIA. Parece de primavera.
Le gusta á usté el campo?
EDUARDO. Mucho.
CECILIA. Á mí tambien.
EDUARDO. (Qué poética!)
CECILIA. El corazon allí late
con más fuego, con más fuerza,
y las almas desdichadas
alivio á su mal encuentran
en sus floridos vergeles,
en sus frescas alamedas.
Cuántas, como esta, tan puras,
habrá pasado en su tierra
con la mujer que usté adora
en plática dulce y tierna!
Ay!
EDUARDO. ¡Ay! (Allá voy.) Mi alma
busca en vano...
CECILIA. (Al corazon.) (No te muevas.)
EDUARDO. Un alma que la adivine,
un alma que la comprenda...
CECILIA. (Leyó el papel.)
EDUARDO. Que si un dia
llamo á deshora á su puerta,
dentro del cuerpo en que habite
de contento se estremezca.
CECILIA. (Lo leyó.)
EDUARDO. Un alma... (Acabemos),
un alma... un alma...
CECILIA. (No acierta
á explicarse.) Un alma jóven.
EDUARDO. Jóven! Nunca. No son esas
las que á comprender alcanzan
las pasiones verdaderas,
voraces, inextinguibles...
CECILIA. Siga usted.
EDUARDO. Fuertes, inmensas...
CECILIA. Eso!
EDUARDO. Que son patrimonio...
CECILIA. (Corazon, ahora! Á qué esperas?)
EDUARDO. De las mujeres que saben

apreciar en su grandeza
el fuego de la mirada,
el fruncimiento de cejas,
las frases que no se dicen,
las sensaciones secretas
del alma.

CECILIA. (Yo me desmayo!)
(Si él entónces se atreviera!...)

EDUARDO. Y esas mujeres que tienen
lava por sangre en las venas,
son las que en edad madura
con delicias de amor sueñan.

CECILIA. Tienes razon.

EDUARDO. En mis sueños...

CECILIA. Sueñas tú?

EDUARDO. (Ya me tutea.)
Halago una mujer fuerte,
un ser de edad ya provecta,
complaciente, cariñosa,
alta, colorada, gruesa,
una mujer ya metida
en harina, casi vieja.
(Allá va esa bomba.)

CECILIA. Cielos!
Ruperto! Calla!

EDUARDO. (¡Qué escena!)

ESCENA V.

DICHOS, D. RUPERTO.

RUP. De qué se trata?

CECILIA. De nada.
Eduardo que se queja
de que está su cuarto sucio.

EDUARDO. (Valiente...)

CECILIA. Cármen no piensa
sino en componerse, y voy
á plantarla...

RUP. Ten paciencia;
á su edad tú eras lo mismo:
hace treinta años.

CECILIA. Qué treinta!
RUP. Y ainda mais!
CECILIA. Tú te equivocas.
RUP. Al acabarse la guerra
civil, nos casamos.
CECILIA. Bueno,
estoy enterada.
RUP. Eras
entónces la flor y nata
de las chicas de la aldea.
CECILIA. Y tú un necio.
RUP. Así la envidia,
es decir, las malas lenguas,
decian si aquel teniente
de Húsares de la Princesa...
Mas nada, no hubo tal cosa,
yo lo aseguro.
CECILIA. (Qué bestia!)

ESCENA VI.

D. RUPERTO, EDUARDO.

RUP. Qué tiempos! Cuando recuerdo
lo que el mundo en ellos era,
y lo que es en los presentes,
siento infinita tristeza.
En vez de acudir al templo
donde al Señor se venera,
acude la gente al club,
donde los falsos profetas
le hablan de sus derechos
de justicia y... ¡frases huecas
que les sugiere su orgullo
y su satánica ciencia!
Quieres más? El otro dia
dijeron en mi presencia
que es falso lo de la burra
de Balaán!
EDUARDO. Oh! Qué blasfemia!
Negar que una burra hablaba!
Y digo, la burra aquella!

Aquella burra! Una burra
tan... tan... tan... tan... tan jumenta!
Jesús! Jesús!

RUP. Si esto sigue,
el fin del mundo está cerca.
No te parece, Eduardo?

EDUARDO. Oh, sí señor! (Me voy fuera
por no reventar de risa.)
Tengo que salir.

RUP. No vengas
muy tarde.

EDUARDO. Qué hora es?

RUP. Las cinco.

EDUARDO. Á las seis estoy de vuelta.

ESCENA VII.

D. RUPERTO.

—La religion es el freno
que sujeta las pasiones. (Transicion.)
—Cármen tiene unas facciones,
que al mirarlas, me enageno.
—Pensamientos celestiales
inspira la religion.
—Me hacen tilin y tilon
aquellos ojos barbales.
—Y hay quien desprecia altanero
la religion sacrosanta!
—Digo, pues y la garganta!
y aquel aire retrechero!
—Desgraciado el que no tiene
en nuestra religion fe.
—Dónde me deja usté el pie
y la... ¡tapa! que ella viene.

ESCENA VIII.

D. RUPERTO, CÁRMEN.

CÁRMEN. Doña Cecilia! Ah! Creía
que aquí se hallaba.

RUP. Ha salido.
Dí, qué tienes? Te ha reñido
por alguna tontería?
CARMEN. No señor.
RUP. Yo le toleró
tanta y tanta impertinencia!
Súfrela tú con paciencia
por lo mucho que te quiero.
CARMEN. Gracias.
RUP. Tu mucho candor,
tu inocencia, tus modales
y tus gracias naturales,
te hacen digna de mi amor.
Ya te lo he dicho; si un dia
—cosa que no quiera Dios,—
me quedo viudo, los dos
viviremos, hija mia,
juntitos, como Dios manda,
cual viven los tortolitos,
juntitos siempre, juntitos...
Acércate á mí. Más, anda.
CARMEN. Agradecerle no sé
lo mucho que usted me quiere.
RUP. Por mucho que te pondere
mi amor, corto quedaré.
Mil veces la vista fija
en tu rostro peregrino,
reniego del vil destino
que no me ha dado una hija;
y en el paternal exceso
de mi paternal pasion,
con paternal emocion
te diera un paternal beso,
y en mi paterna ansiedad,
entre mis paternos brazos
forjára paternos lazos.
CARMEN. (Y va de paternidad.)
RUP. Y tú, me quieres?
CARMEN. Podria
no pagarle á usted, señor,
ese paternal amor?
RUP. Y no sientes, hija mia,

otra pasion en tu pecho
brotar? Nó amas á otro?

CARMEN. Sí.

RUP. Amas á otro? Más que á mí?

CARMEN. Sí señor. (Rabia.)

RUP. (Sospecho,
y el sospecharlo me aterra,
que Eduardo... Si al fin los dos...)
Y á quién amas, hija?

CARMEN. Á Dios,
el señor de cielo y tierra.

RUP. Ah! Ya! (Respiro!) Es muy justo
ese amor á quien debemos
todo cuanto poseemos.
Monilla, me has dado un susto! (Llaman.)

CARMEN. Llaman.

RUP. Abre.

CARMEN. (Sale y anuncia.) Don José.

RUP. Que pase. (Suerte maldita!
Cuán buena ocasion me quita!)

JOSE. Hay permiso?

RUP. Pase usté.

ESCENA IX.

D. RUPERTO, D. JOSÉ.

JOSE. Dios le guarde, don Ruperto.

RUP. Don José, que Dios le guarde.

JOSE. He venido un poco tarde.
Ya adivinareis...

RUP. No acierto.

JOSE. —Tomando mil precauciones,
anoche á la chica ví.

RUP. Alza, pililí!

JOSE. Y aquí
se hallará á las oraciones.

RUP. —Sin avisar, ¡esta es buena!
para tramar el enredo!
Hoy recibirla no puedo,
tengo que ir á la novena.

JOSE. —Pues ella al anochecer

se planta aqui, y es preciso
arreglar...

RUP. Qué compromiso!
En fin, veremos á ver.
Y cómo habeis arreglado?...

JOSE. —Le dije, fué necesario,
que vos érais empresario
y que os hallábais baldado;
que pensabais contratar
una buena compañía
para Murcia y Almería,
y no pudiendo pasar
á verla, le suplicabais,
—siempre que le conviniese,—
que á vuestra casa viniese
para ver si os arreglabais.
Llega, le hablais del contrato,
verla ántes bailar quereis,
accede, baila, la veis,
y no cerrais luégo el trato.

RUP. —Gran tramoya! Buen pretexto!
Ahora sólo es menester
engañar á mi mujer.

JOSE. —Fingid que estais indispuesto.

RUP. Y qué tal, es bien formada
la chica?

JOSE. No tiene tilde.

RUP. Cómo se llama?

JOSE. Matilde.

RUP. Divino! Y es agraciada?

JOSE. —Mucho.

RUP. Y el baile?

JOSE. Expresivo
como ninguno. Ella sale
con falda larga.

RUP. ¡Eso vale
un Perú!

JOSE. Ademan altivo,
encantadora sonrisa.
Con la malla no se nota
si va vestida; la bota
de color, alta y concisa.

Dá una patada en el suelo
con gracia; la falda coge
por delante, y la recoge
descubriendo...

RUP. El mismo cielo!
Qué bella escena, qué bella!

JOSE. —Muestra la falda, la oculta,
y entre sus pliegues sepulta
á aquel que baila con ella.
Á dar aplausos empieza
el público que lo vé,
y ella entónces pone el pié
al nivel de su cabeza;
y hace cada movimiento,
se agita tan bien y tanto,
que hiciera pecar, no á un santo,
que eso es poco, sino á ciento.

RUP. Bien, bravo! Esa descripcion
acrecienta mi deseo
de verla bailar.

JOSE. No creo
que falte.

RUP. Qué inspiracion
habeis tenido! Sin ella
me hubiera muerto sin ver
ese baile. Mi mujer,
cual si fuera una doncella,
no se aparta de mi lado,
y ni una noche hé podido
desde que soy su marido,
ir sin ella ni á un recado.
Alza, pilili!

JOSE. Ella viene.

RUP. Empecemos á fingir.

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA CECILIA.

JOSE. —Es preciso convenir
en que lo que le conviene,
es no salir hoy de casa.

La noche está poco buena.
RUP. —Tengo que ir á la novena.
CECILIA. Rupertito, qué te pasa?
RUP. Hija, nada.
JOSE. Que le ha entrado
un dolor tan infernal
de muelas, que está fatal.
(Al oir esto D. Ruperto, se tapa á toda prisa el carrillo derecho con las dos manos.)
CECILIA. —Pobrecito!
JOSE. Y empeñado
en ir al anochecer
á la novena.
CECILIA. No, hijo;
yo iré solita. Te exijo
que te quedes: tu mujer
le pedirá á Dios por tí.
RUP. Hijita, cuánto me quieres!
Entre todas las mujeres...
ay! ay! ay!
CECILIA. Te aprieta?
RUP. Ay! Sí.
CECILIA. Cármen, hasta que yo vuelva,
podrá cuidarte.
RUP. No, no,
que te acompañe.
CECILIA. Si yo
puedo ir sola.
JOSE. (No resuelva
quedarse. Decid que sí.)
RUP. Como quieras. ¡Ay qué pena
me da el no ir á la novena!
CECILIA. Yo pediré á Dios por tí,
como te he dicho.
JOSE. Hasta luégo.
RUP. Tan pronto?
JOSE. (Ya volveré.)
Adios señora, y que usté
no tarde en hallar sosiego.

ESCENA XI.

D. RUPERTO, DOÑA CECILIA.

CECILIA. No te se aplaca el dolor?
RUP. Ay! No.
CECILIA. La esencia de clavo
es buena, y la tengo ahí.
RUP. (Bravo!
Esto no puede ir mejor.)

ESCENA XII.

CÁRMEN.

Con que esta noche tenemos
aquí funcion de can-cán,
mientras va doña Cecilia
á la novena! Já! já!
Los santos!

ESCENA XIII.

CÁRMEN, EDUARDO.

EDUARDO. Cármen, abrázame.
Vengo más contento! Más
que unas pascuas. He tenido
carta de mi padre, Juan,
que se ha ido al pueblo unos dias,
le ha contado pé á pá
lo que me pasa, y mi padre,
que muy satisfecho está
de mi aplicacion, me dice
que me puedo trasladar
á otra casa.
CARMEN. Y tu alegría
es por eso?
EDUARDO. Claro.
CARMEN. Ah!
Me abandonas!

EDUARDO. Oye, y tiembla
de placer. Dice además
que le diga francamente
si tengo una novia...
CARMEN. Ya!
EDUARDO. Para venir al instante
á conocerla, y tratar
de casarnos, si la quiero,
segun le ha explicado Juan.
CARMEN. Oh! qué dicha!
EDUARDO. Y el abrazo?
CARMEN. Lo mereces. (Le abraza.)
Ahora vas
á saber lo que proyecta
don Ruperto. Tiene afan
de ver el can-cán. Mas como
nunca sale sin llevar
á doña Cecilia al lado,
hoy, fingiendo que le da
un fuerte dolor de muelas,
se excusa de ir á rezar,
y mientras ella va al templo,
don José, que entra en el plan,
trae aquí una bailarina
so pretexto de que va
á contratarla el vejete
para un teatro.
EDUARDO. Á jugar
les voy la broma del siglo.
Adios. Y hoy mismo te vas
con tu prima.
CARMEN. Mas...
EDUARDO. Me escurro,
no se vayan á enterar.

ESCENA XIV.

CÁRMEN.

Qué proyectará Eduardo?
Algun chasco magistral.
Qué feliz soy! Aquí viene

la señora. (Se va.)

ESCENA XV.

DOÑA CECILIA.

Asomándose al cuarto de Eduardo.

Mi galan
no ha venido. ¡Con qué fuego
me pintó su amor voraz!
Si el bruto de mi marido
no llega entónces á entrar,
¡Dios me perdone! más creo
que aquello no acaba mal.
Ay Jesús! Y ahora me ocurre.
Esta manera de obrar
¿será pecado? Oh! Pecado!
Si será, sí no será?
Mas qué temo? Lo cometo,
y lo confieso, y en paz.
Á la novena. ¡Dios mio!
Si habrán empezado ya?
Cármen! Si no es hoy, mañana
fin mis angustias tendrán.
Cármen!

ESCENA XVI.

DOÑA CECILIA, CÁRMEN.

CARMEN. Señora!
CECILIA. Ruperto
se acaba ahora de acostar
un poco. No hagas ruido.
Le duele una muela. Estás?
CARMEN. Sí señora.
CECILIA. Á la novena
me marcho. Por la señal... (Vase.)
CARMEN. Persígnate, hipócritona,
que luégo me lo dirás.

ESCENA XVII.

CÁRMEN, D. RUPERTO.

RUP. Cármen! Ay! Ay!
CARMEN. Qué os ocurre?
RUP. Que no puedo sufrir ya
este dolor. (Si no fuera
por el maldito can-cán,
qué ocasion para...) Ven, hija.
(¡Bocado de cardenal!)
Tú sabrás algun remedio
que calme el dolor, verdad?
CARMEN. No señor.
RUP. Pues me parece...
que tú... lo puedes... calmar...
si quieres... (Tente, Ruperto,
no hagas una atrocidad.)
Trayendo una medicina
de la calle de Alcalá.
CARMEN. (Cerca está!) Si no es más que eso...
RUP. Quieres... tú... hacer... algo más?
CARMEN. Todo lo que usted me mande.
Qué hago?
RUP. El... la... los... las...
CARMEN. ¡Pícaro dolor de muelas,
que ni le permite hablar!
Me voy por la medicina.
RUP. Sí, vete por caridad.

ESCENA XVIII.

D. RUPERTO.

Ay, qué ocasion! Si no fuera
por ese baile maldito,
de seductor me acredito.
Estaba tan retrechera!
Pero calla! Si no sabe
á cuál botica ha de ir
ni lo que debe pedir;

mayor torpeza no cabe.
Quizá desde aquel balcon
en la calle la veré. (Llaman.)
Mas ya está aquí don José.
Da principio la funcion.
Despacio, que estoy baldado. (Llaman.)
Allá voy.

ESCENA XIX.

D. RUPERTO, D. JOSÉ, MATILDE. D. Ruperto entra haciéndose el baldado.

JOSE. La señorita
es la que...
RUP. Ya, ya. (Es bonita!)
Siento se haya molestado,
mas este padecimiento
que hace algun tiempo me aqueja,
de aquí salir no me deja.
Tomen ustedes asiento,
que á tomarlo voy tambien.
MAT. Gracias.
RUP. Esta señorita
sabrá ya?...
JOSE. De su visita
el motivo? Sí.
RUP. Pues bien,
al grano. Como ya sabe,
formando estoy compañía
para Murcia y Almería.
(Qué mirada tan suave!)
Varios amigos de allí
que tienen un grande afan
de ver bailar el can-cán,
me han pedido que de aquí
una pareja les lleve,
de las buenas, la mejor;
y elogiándome el señor
—ménos acaso que debe—
su gracia para bailar,
me he propasado á llamarla

sólo para preguntarla
si se quiere contratar.

MAT. Sí señor.

RUP. Pero advirtiendo
que es un público exigente,
y acaso pida...

MAT. Corriente,
un poco de todo entiendo.

RUP. Sabrá usted jota, fandango,
seguidillas y...

MAT. Pues no!

JOSE. (Le gusta á usted?

RUP. Mucho. Oh!)
Y cantar, así, algun tango?

(Si la actriz supiese cantar flamenco, se sustituirá la anterior redondilla por la siguiente.)

JOSE. ¡Si hasta guillaba en cañí!

RUP. ¡En cañí!

JOSE. Este es profano
y no chanela. En gitano,
en flamenco.

RUP. Vamos, sí.
Si usted fuera tan amable,
y perdone la exigencia,
que cantase en mi presencia
una cancion confortable?

MAT. Sí señor, en el momento.

JOSE. (Ahora verá usted qué gracia.)

RUP. (Estoy loco!)

JOSE. (Diplomacia.)

MAT. Con permiso.

JOSE. (Estad atento.)

(Matilde canta. D. Ruperto se entusiasma por grados.)

RUP. Bravo, bien.

JOSE. (¡Que estais baldado!)

RUP. Alza, pililí!

JOSE. (Qué atroz!)

RUP. Teneis, Matilde, una voz
que me deja embelesado.
No hay más que hablar.

JOSE. Os advierto

que en el baile se coloca
á una altura!... Casi toca
las bambalinas!

RUP. ¿Es cierto?
Si usted quisiera?... Mas no.
Soy demasiado exigente.

JOSE. Pero ella es muy complaciente
y bailará.

MAT. Bueno.

RUP. Oh!

MAT. No es el mejor este traje,
mas ya que en ello se empeña...
(Se coge las faldas para bailar.)

JOSE. (Ya verá usted lo que enseña!)

RUP. (Ya le estoy viendo un encaje!)
(Matilde baila y D. Ruperto se mueve y gesticula, recargando la escena segun el público se presente.)

RUP. Bien, bien!...

JOSE. (Quieto! Estais baldado!)
(Que estais baldado!)

RUP. (Es verdad.)
Uyuyuy!

JOSE. (Qué atrocidad!)

RUP. Aquí estoy mal colocado.
(Se coloca en otra silla más baja para ver mejor.)
Qué miro!

JOSE. (Por Jesucristo!
No os movais, que no sospeche.
Como una andanada os eche!)

RUP. (Yo no sé cómo resisto.)
Salero, eso es lo que priva!

JOSE. (Callad!)

RUP. Callad, majadero.
Alza, pilili! Salero!
arriba esa falda, arriba!
(Se pone á bailar con Matilde y ésta sorprendida se para. Entran Eduardo, Cármen y Doña Cecilia.)

ESCENA XX.

DICHOS, DOÑA CECILIA, CÁRMEN, EDUARDO.

CECILIA. Jesús, María y José!
RUP. (Sin ver á nadie, baila solo.)
Alza, pilili!
CECILIA. Está loco?
RUP. No te pares. Otro poco:
otro poquito.
CECILIA. (Cogiéndole del brazo.) Mas...
RUP. Eh!
José, Jesús y María!
Cecilia!
JOSE. Se aguó la fiesta.
CECILIA. Qué es esto? Qué casa es esta?
RUP. Esto es, pichoncita mia,
un remedio que el señor
me ha dado para la muela.
Una nueva tarantela
que mitiga este dolor.
CECILIA. Infame! Y esta mujer?...
MAT. He venido aquí, señora,
engañada, pero ahora
sé lo que me toca hacer.
CECILIA. Engañada! Vuestro afan
desmiente vuestra disculpa. (Á D. José.)
Usté ha tenido la culpa.
Aqui bailando el can-cán?
MAT. Cállese usted, vieja rara
y no sea tan aprensiva. (Á ellos.)
Por no manchar mi saliva
no les escupo en la cara.

ESCENA XXI.

DICHOS, menos MATILDE.

CECILIA. Pillo! Mientras yo rezando
estaba por tu salud
con tierna solicitud,
tú estabas aquí bailando? (Á Eduardo.)

Si por tí no hubiera sido,
este pícaro me engaña. (Á D. José.)
Cancanista! De mi saña
no escapará.

JOSE. (Me he lucido.) (Se va.)

ESCENA XXII.

DICHOS, ménos D. JOSÉ.

RUP. (Á Eduardo.) Tú le has avisado?
EDUARDO. Sí.
RUP. Mas cómo?...
CARMEN. Yo me enteré
y se lo dije.
EDUARDO. Os busqué,
y os traje, señora, aquí.
RUP. Es decir, que esta doncella
y tú, os entendeis?
EDUARDO. Es poco;
yo la amo como un loco
y me corresponde ella.
CECILIA. Jesús!
(Cae desmayada en los brazos de Eduardo.)
CARMEN. Qué es eso?
EDUARDO. Un desmayo.
RUP. María!
(Cae desmayado en los brazos de Cármen.)
CARMEN. Otro! Y qué pesa!
EDUARDO. Verás si la broma cesa.
Vamos á hacer un ensayo.
(Se apartan los dos con cuidado dejando á D. Ruperto apoyado en Doña Cecilia; y al extender cada uno los brazos creyendo que abrazan á los otros, se reconocen y se separan con rabia.)
EDUARDO. Lo vés?
CECILIA. Dónde estoy?
RUP. Dios mio!
Qué pasa aquí?
EDUARDO. Lo que pasa,
es que hoy dejamos la casa
esta y yo.

CECILIA. Qué desvarío!
(Marcharse mi amor!) Ruperto,
tú no lo consentirás.
Á su padre escribirás
para que se quede, ¿es cierto?

RUP. (Marcharse mi amor!) Cecilia,
haz tú que Cármen se quede;
marcharse de aquí no puede;
es casi de la familia.

CECILIA. Á qué ese interés demuestras
por Cármen, viejo maldito?

RUP. Y tú por ese mocito,
á qué tanto interés muestras?

EDUARDO. (Á Doña Cecilia.)
(Calle usted, porque si no,
descubro todo el pastel.)

CARMEN. (Á D. Ruperto.)
(Voy á darle este papel
si no se calla usted.)

RUP. (Oh!)

EDUARDO. Esta casa virtuosa
dejamos, y os ofrecemos
la que pronto habitaremos
como esposo...

CARMEN. Y como esposa.

ESCENA XXIII.

D. RUPERTO, DOÑA CECILIA.

CECILIA. Pegármela, santo cielo!

RUP. Engañarme, Dios piadoso!

CECILIA. Á mí! Á tu esposa!

RUP. Á tu esposo!
por un...

CECILIA. Corramos un velo.

ESCENA XXIV

DICHOS, EDUARDO.

EDUARDO. Señores...

CECILIA. Qué ocurre?

EDUARDO. Nada;
que impaciente por marchar,
se me olvidó suplicar
que nos den una palmada.

FIN DEL JUGUETE.